

# Elegía a Gastón Baquero

Ronel González Sánchez

*Para Delfín Prats*

Es cierto. Usted se ha ido al otro extremo de esa cuerda  
sin límites  
que es la resurrección. Pero no importa,  
seguimos esperándolo. Palomas y poemas en mano  
en la costa de Banes o en la Bahía de Corinto  
donde un extraño parque desvencijado lo recuerda  
olvidado mil veces por la mano del Padre.

No hay dudas. Es la Nada la única respuesta  
para su largo exilio,  
moviendo los pies como un titiritero  
que invierte los papeles en el circo del alma;  
porque qué puede ser la lejanía sino una marioneta fuera  
de todo cálculo  
de los ordenadores que detienen la noche sin el olor  
del mar.  
Qué puede ser la lejanía, ese trivial concepto.

Ah, si al menos lo hubiera conocido, si aquellos versos  
que le envié  
con los delfines, un día de noviembre,  
usted los hubiera leído, antes de marcharse a dormir  
con los pequeños,  
qué fortuna la mía, qué goce para un desconocido  
en la provincia que dibujan los hombres  
con los ojos vendados.  
Pero jamás llegó su carta,  
jamás escuché la voz temblorosa de mi madre decirme:  
«es de Madrid,  
debe traer noticias de la crisis de Europa».  
Su carta, definitivamente, no llegó  
y en su lugar respiré hondo en la isla invisible.

Ahora qué suerte poder decir su nombre,  
escuchar esta música que regresa de lugares remotos

con la victoriosa certeza de sus palabras  
y aquella voz tan suya repitiendo incansable: «Yo te amo,  
ciudad».

Qué suerte poder decir su nombre,  
escribir que usted era el último de los iluminados,  
sin que nadie me mire de reojo  
al final de este siglo de infinito rencor.  
Usted tenía razón: «silbar en la oscuridad para vencer el miedo  
es lo que nos queda»  
y silbar es muy fácil sobre un alto sepulcro  
si las sirenas no llaman al viajero con la misma pujanza.

Usted tenía razón, siempre tendrá razón cuando se trate  
de invertir el desánimo  
en proferir insultos contra los viejos mitos  
como un lastre o como un susurro que recorre las plazas  
y las cosas se transforman al azar  
a fuerza de derribar las máscaras,  
comunes en estas tierras vírgenes.

Las cosas regresan al origen, inofensivas y mórbidas  
vuelven a su mudez  
y el cervatillo alocado cabecea contra las fieles ubres  
y el pájaro de la burla grazna su mal presagio cómplice  
y el niño abandona sus juegos en una escena  
de aterrador silencio  
y todo sigue su curso invariable hacia la destrucción.

Ah, si al menos lo hubiera conocido en una esquina  
de este pueblo marchito,  
cuando usted aún no pretendía ser el eterno inocente  
que escribiría inmortales palabras en la arena.  
Si usted hubiera sido menos inaccesible que la insularidad  
cuánto placer mostrarle un manuscrito:  
«destrócelo, Maestro,  
nacé a un manojo de versos de Saúl  
y he deseado sus tachaduras desde hace muchos soles.  
¡Cuánto placer adormecerme junto al Puerto de Paíta  
mientras los barcos se aproximan, viudos de lobreguez,  
a las orillas de esta noche donde concluye el sueño!».

Es cierto. Ahora usted se ha ido, una vez más  
hacia la súplica  
y sólo queda rezar por estas quietas frondas.  
El destino del hombre no es la sombra ridícula  
ni el llanto de los guerreros al final del combate,  
pero nuestro destino es rezar por los astros  
que parten y regresan como la podredumbre.  
Ya sabe cuánto cuesta seguir mirando al Este,  
gemelos de una historia que nos promete asombros.  
Nuestro destino es asomarnos siempre al lago de Narciso  
y arrojar lentas piedras a una imagen distante.  
Hemos crecido ajenos, temerosos y simples  
como la desconfianza  
pero miramos al mar, que empuja nuestros cuerpos  
playa afuera  
de las generaciones que anhelaron poder huir  
del laberinto en que se debatían.

Miramos al mar, en su plenitud de desierto cambiante  
como nuestras ideas,  
y el dolor se reduce a la antigua metáfora  
de la separación del agua entre las aguas.  
El dolor excluye la luz de las tinieblas  
como un oscuro símbolo.

¡Qué tristeza olvidar el rito de la sangre,  
el juicio de las cosas que han de ser juzgadas  
por el desvalimiento  
cuando la rosa y el fuego sean uno  
como pedía un escriba!

Este es el tiempo de la fatalidad,  
tiempo de disparos y de saltos sin fecha,  
tiempo de derrumbes y proclamas inútiles.  
El hombre dicta, a ciegas, tumultos de esperanzas  
y se arroja al Vacío desde un balcón de odio.  
Yo no comprendo nada, yo soy un inocente.  
¡Si pudiéramos encontrar algo puro y durable  
de sustancia humana!  
Pero usted ve, la ilusión no germina  
y yo escribo estos versos de implacable memoria  
cuando algo me dice que moriré al final del poema.

Ah, si al menos lo hubiera conocido,  
si hubiera celebrado conmigo aquel fallido ascenso  
como celebró, secretamente, el ascenso  
del poeta condenado al paisaje  
por una época de escasos esplendores;  
sería todo distinto para el que ahora se conforma  
con releer apuntes  
de los que aseguran haber visto sus manos  
bajo el disfraz senil de la paciencia.

Ya no tiene sentido saber cuál es el próximo que cruzará  
el Jordán  
o que tendrá puestos los ojos en el pueblo de Uruk  
porque los días se acortan  
y los patriarcas juran que imaginarias eras  
reducen a la impotencia a los pajes del Reino.

Usted se ha marchado,  
dejándonos un sabor de archipiélago mudo entre los labios,  
y no habrá océano que restaure de prisa  
las simas de frustración que apuntaló la diáspora.